
POR UNA CARTA.....

A veinte pasos del Correo está mi barraca, de frente al mar. El mar parece pensar en la solución de un gran problema; ni el más ligero accidente interrumpe la línea misteriosa en donde el agua y el cielo se confunden en misterioso beso.

¡Qué contrariedad! Era tiempo de avistar el transporte—me dije—, y aun cuando sabía las horas de oficina en el Correo, allá fui. ¿A qué iba? ¿a qué iban los demás? y sin embargo la gradería de la barraca, el portal y las puertas de la oficina estaban plenos de gente, que como yo, investigaba el mar, como si esperaran, en fuerza de verlo, apresurar la llegada del vapor.

Había entre todos una viejecita acompañada de un muchacho no mayor de

doce años; canija ella, apoyadas las dos manos sobre sus rodillas y fija en el mar su vista.

Era la buena mujer muy conocida en el Campamento; yo hasta ese día la vi, gracias a la circunstancia de haber ocurrido la llegada del transporte y por ende la de correspondencia, en día domingo; día de descanso para mi honrosa y magna labor. Magna y honrada he dicho ¿cómo no? Hacía veinte días estábamos allí un grupo de operarios prontos a destruir la población... ¡destruir la población!... ¿no suena esto raro? Destruirla, sí, como suena; pues el Jefe de la Zona, favorito del Gobierno, había conseguido, para demostrar su omnipotencia al Jefe caído, destruir el poblado. ¡Adiós la simpática ciudad blanca; *la gaviota*, como todos la decían! Vista desde alta mar, semejaba una ave de nieve dormida junto a la playa. ¡Y allí fué de golpe y porrazo arrancar madera y láminas, cuyo importe había sido de miles de pesos ¡pero era lo de menos! Y como el jefe decía, haciendo trotar sobre la arena su cuerpillo canijo: "No dejaré ni yerba..." ¡Omnipotencia de la ignorancia...! A tal gobierno, tales favoritos.

—A la hora horada vendrá—dijo alguien del corrincho.

—Le toca al "Progreso."

—¿Sí? ¡pos si ese lo perdió México! A mi cabo se lo escribieron así.

—¿No es aquel?—decía la vieja al chico.

—No, mamá.

—Pero si yo lo veo, veo algo...

Y la congoja de la infeliz mujer, deseosa, como yo, de una carta, para estar alegre, para ser feliz—¿por qué no?—, disminuyó la mía.

Regresé a la barraca. Como fiera acorralada iba de un lado al otro, abrumado por la insoportable gravedad del mar... de seguro pensaba el mar en lo inútil de mi impaciencia. Las siete y aun no se avistaba en el horizonte... y regresé al Correo.

En el Correo había aumentado la multitud; era un ir y venir de soldados, paisanos, operarios... Se discutía, se predicaba en política: la inquietud de los espíritus parecía haberse comunicado a los cuerpos de todos... parecíamos epilépticos... Sólo la viejecita, fijos los ojos en el mar, inmóvil, apenas si volvía la cabeza para preguntar de vez en cuando al chico: ¿Ves algo?

—Te dije y te lo repito... no.

Pude entonces examinarla: ¿cómo vivía aquella pobre mujer?

Era una ruina... un pergamino adherido al hueso, y sólo allá... en el fondo de las cuencas, en donde hurafios se escondían los ojos, relampagueaban las pupilas rejuvenecidas, gracias a la esperanza de la carta por recibir...

Volvió a mí sus ojos, y señalándome un punto, decía: Allá... allá... ¿no es verdad, señor?—Me fué preciso contestarle negativamente, y como si de anti-guo fuésemos amigos, agregó:

—Aguardo carta de mi hijo; mi hijo es el padre de este niño... Sabe escribir y contar; también mi nieto sabe.

—¿Ve usted aquella barraca, la de guano?—dijo el muchacho—; pos allá vivimos... hasta la punta. Como hay tanta arena, se le sumen los pies, y al otro día tiene niguas y se pone mala.

—Su nieto sabe leer, ¿cómo no lo manda a informarse de si hay o no carta?

—Por hacer ejercicio...

—Porque nunca me cre, no me cre, y sin embargo, diario vengo.

—¡Tengo tantas ganas de ler su carta! Vine con él: ¡pobrecito! Aquí se quedó

viudo; bueno, viudo no, porque no era su mujer al derecho; pero de todos modos, este es su hijo. La mataron a ella las calenturas; en un tris estuvo no me hubieran enterrado también. Fui al hospital con la perniciosa... Cuando salí, supe la ida de mi hijo; le habían mandado de escolta para eso de las averiguaciones de las compañías chicleras... ¡pero hase visto mayor falta de caridad! Ya podían haberles hecho un abujero para enterrarles... ¿no le parece a usted?

Yo pensaba, entretanto, en lo inútil de las averiguaciones judiciales. ¡Como si no estuviéramos acostumbrados a esas far-sas!

Se trataba de unos catorce infelices rebelados en contra de sus capataces, y a quienes fusilaron o se les mató a palos, pues la verdad no se sabrá de seguro. Una vez muertos, ni el trabajo se dieron de enterrarles: mal cubiertos con piedras y pencas de henequén, les abandonaron en el monte. Un juececillo romántico, recién desempacado, tuvo conocimiento del caso, y puso el grito en el cielo. Ya sabemos el resultado final en concluida la averiguación: le echarán mucha tierra encima, y enviarán el leguleyo a su casa

"por convenir así a la mejor administración y buen servicio." Después de todo, de menos nos hizo Dios, y nunca se vió encomendar la guarda de los lobos al cordero. Es tierra de esclavitud y las dos formas de contingente de brazos darán por resultado la rebelión. El reclutamiento se hace así: Por acuerdo tácito entre el Gobierno del vecino Estado de Yucatán y el Gobierno Central, cuando los operarios cumplen el tiempo de su confinamiento, les está prohibido regresar a sus hogares en los transportes del Gobierno. No hay otro punto de salida que Yucatán, a donde necesitan ir por Peto y de allí hasta Progreso... Ya encontrarán los sabuesos de los encomenderos la forma de encarcelarles, por sospechosos, embriaguez, riñas, insultos... qué sé yo. Una vez encerrados... a las fincas, ¡a las compañías explotadoras...!

Otro sistema: en toda la República hay enganchadores; se embriaga al cliente, se le anticipa dinero, le encierran; las autoridades disimulan... y a embarcarles como cualquier rebaño... ¿Hay nada más natural en uno y en otro caso, que el movimiento de rebelión contra sus victimarios? Luego, el capataz es el todo,

el amo; frente a dificultades en las que tal vez vaya por medio su vida, sin jueces, sin autoridades a quienes pedir auxilio, administra justicia a su modo, pensando para sí: "Allá ellos, yo sólo sé que nunca se vió encomendar la guarda de los lobos al cordero."

Además, ¿no se obra idénticamente en los campamentos? En ellos, el jefe militar es la autoridad política y juez, y más que hubiera; *despachan* bonitamente a cuantos les estorban, si bien tienen el pudor de rendir el parte oficial en los términos consabidos: Hónrome participar a usted, que hoy, a tales o cuales horas, víctimas de una emboscada de los indios, murieron el operario "Fuláñez" y los paisanos "Sutáñez" y "Mengáñez..." Con razón dice con frecuencia Chamula: "El día en que a esta ley del machete supla la balanza de la justicia, si pongo en el platillo de allá la sangre, toda la sangre de las víctimas de éstos, y las víctimas mismas, y cuantas viudas y huérfanos han hecho; y pongo en el platillo de acá la ignorancia de todos estos militares, de esta soldadesca y de su podredumbre, se va pa este lado toavía... como si lo vieras."

¡El vapor! ¡el vapor! ¡alabado sea Dios!
Y el gentío se puso en acción; ella también quiso ponerse de pie; al intentarlo, sus huesos produjeron un ruido semejante al de las piezas de ajedrez al chocar sobre el tablero, y sin poder conseguirlo, se conformó con reír, exclamando: "Estoy entumida... ¡claro! desde las seis así..."

La inquietud de las tres horas de espera no es comparable con la hora transcurrida para la llegada del remolcador; y esta hora resultó soportable comparada con los veinte minutos transcurridos en la conducción de las balijas desde el muelle a la oficina.

—Deme la de doña Chicha...

—La de mi sosteniente Bejuca...

El empleado, sudando a más no poder, decía: Van... van...

—Déme usted mi carta, la carta de mi hijo...

—¿Quiénes son usted y su hijo?—dijo el Administrador con dureza, sin volverse siquiera para ver a la pobre vieja. Hubiera yo intervenido en su favor, pero eran dos los empleados y media población estaba allí.

—¡La lista...! ¡La lista...!

—¡Ve... corre, Juanico...
Y Juanico corrió, leyendo en voz alta y de prisa; después, alargando su cara amarillenta, le dijo con tristeza: "No vino, mamá." Lo sé bien, y sin embargo, no podría explicar la magnitud del dolor retratado en el semblante de la dolorida anciana.

—Ya no sabes ler.—Después me miró de modo tal, que no pude menos de preguntarle su nombre, y como le ratificara el dicho de Juan, dejó caer la cabeza tartajando dolorosamente:

—Desde ayer pa esto. Hoy llegué antes de las seis... y vivo en aquel jacal... ¿ve usted? el de la punta... ¡Otros quince días! Dios ha de conservarme la vida ¿verdá? siquiera pa ler su carta... Estos güesos no quieren; se han "engodado" con esta tierra... ¡No me conocen...! soy terca. Aquí no, y no... hasta cuando volvamos a nuestra tierra; allá mi han de enterrar...

Bajó las gradas y se alejó penosamente con ayuda de Juanico y de su bordón...

—No hay carta para ti—me gritó el capitán encargado del correo.

¡Quince días más!—me dije pensando en la pobre vieja que se alejaba—. La

seguí en su marcha fatigosa, pues los pies
se le hundían en la arena... ; No haberle
escrito! ; No haberme escrito!
; Y no hay castigo para esos crímenes!

CAMPAMENTO "GRAL.

VEGA" 1903.

LA GAVIOTA MUERTA

DRAMATIS PERSONAE

EL BUITRE y la GAVIOTA

NATURALEZA:—Un mar de sanas alegrías,
eterna juventud y nobilísimo abolengo; de
pasiones bravas; inconsciente de traiciones,
si bien veleidoso. Sus marejadas y vientos
hablarán con transparencia de su actitud.

Murallas milenarias, arrancando del abismo,
dejan al descubierto las testas ennegreci-
das por arcanos pensamientos, y rechazan,
sin dejarse conmover, al veleidoso oleaje,
risueña explosión de caricias y besos. Besos
idílicos: los de novicias en las manos
apergaminadas de ancianitas abadesas; los
de amantes castos, a flor de labio, y los de
amantes clásicos.... hasta sangrar el la-
bio. Besos elegiacos: los impresos en bo-
cas congeladas; los de las hetairas mori-
bundas sobre las corolas impolutas de los
lirios. Besos trágicos.... uno sólo: ¡La
traición!

Lo he dicho: será inconsciente de ella el océa-
no; pero la ola negra la trae, y por mejor

esconderla ostenta un penacho de espuma que estalla en reguero de perlas y constelada pedrería.... Entonces y sólo entonces, las rocas milenarias sacuden con enojo sus cabelleras de esmeralda y rugen: "¡No se pasa!" La ola negra recoge, convertida en agua salobre, su falsa pedrería, escapando furtiva en la inquietud del oleaje.

Allá, a lo lejos, una playa virgen y en la playa una gaviota de mirada apacible, dulce. Como los seres superiores, sabrá sonreirse sin reír, y entristecerse sin llorar.

En todo el escenario, vida y verdad. Si no puede ser así, ¿a qué llevar al teatro la obra? Antes déjesela sin representar que envilecerla con torpes convencionalismos.

EL DRAMA

LA GAVIOTA

(Cantando.) La luz engendró la vida; de la vida nació el mar: el mar engendró a la espuma... De la espuma nació yo...

LOS ARRECIFES

Oid: la gaviota canta.

LA GAVIOTA

El caos engendró la sombra; la sombra amamantó a la traición; la traición en-

gendró al Buitre... *(Interrumpe su canto.)* Arrecifes, ¿le miráis llegar? ¿le veis?

LOS ARRECIFES

Pasó una vez el dolor por esta líquida llanura, y sus aguas que fueron ambrosía, se tornaron en salobres. Cuando cruce por ellas la traición... ¡han de tornarse negras!

LA GAVIOTA

El dios ignoto os puso allí para mi defensa; el hombre me puso aquí porque me defendieseis. ¡Oh...! yo le siento venir... le siento.

LOS ARRECIFES

Quando las aves cruzan, proyectan sombra sobre el mar, y cuando el ave ha cruzado, todo es luz. Cuando el buitre proyecte su sombra en la inmensa falda esmeraldina... se habrá hecho la noche del océano. *(Y continúa la polisinfonía del oleaje... la explosión de caricias y besos. Los arrecifes están próximos a la caída; el vaho de la seducción les adormece y... pasa el buitre.)*

EL BUITRE

(*Saludando a La Gaviota, que temerosa no acierta a pronunciar una palabra.*) Alguno me anunció tu nacimiento cuando me disponía a partir... le maldije y la duda y el odio partieron conmigo. Me hablaron más tarde de tu niñez radiosa; de tu opulenta adolescencia... no me engañaron en verdad. Cualquiera de las plumas de tus alas podría ostentar su albura en el penacho de un altivo monarca. El ónix de tu pico luciría su gala en el secreto de los senos de nobilísima princesa azteca, y en el plumón de tu pecho hubiera adormecido un antiguo soberano maya a su heredero... Estabas prometida a un apuesto doncel; te estaba reservado un envidiable porvenir... (*Una risa cascada de comadre parlara remata el saludo. Despiertan los arrecifes y sus testas ennegrecidas de arcanos pensamientos, parecen agrietarse. En el oleaje todo es confusión.*)

LAS OLAS

Empezamos por ser volubles, ¿acabaremos por ser malvadas? ¿Le viste pasar tú? ¿Y tú...?

LOS ARRECIFES

¡Maldita ola negra! ¡Infeliz gaviota!

EL BUITRE

Y aquí estoy. Te anuncié mi llegada para cuando hubiese una brillante ocasión... y heme aquí, pues la ocasión llegó.

LA GAVIOTA

(*Para sí.*) O hacerse a un lado del torrente, o dejarse arrastrar por él... ¡sea! Quizá no sabes tú...

EL BUITRE

Sé destruir.

LA GAVIOTA

¡Es tan hermoso crear...!

EL BUITRE

¿Sí...?

LA GAVIOTA

Hermoso el viento que ayuda a crear el fruto, arrastrando en sus giros el prolífico polen... Hermosa la nube si envía la lluvia y fecunda la tierra... Hermoso el sol si deshiela la pradera...

EL BUITRE

Buen discursillo para un escolar... ja... ja... Más hermoso el viento si desencadena su ira y se resuelve en huracán y vendavales; más hermosa la nube si desgarrá su veste y arroja el rayo; más hermoso el sol si agosta la flor y deseca las fuentes... ¡Lo que gozará al mirar caer las caravanas... al verlas morir rabiosas, ignorantes de si a unos cuantos pasos se hallaba el oasis deseado! Más hermosa la tierra cuando en su mal caduco, en su tremenda epilepsia, lanza por fantásticos cráteres sus poemas de fuego que arrasan y sepultan países... ¡Así fuese la humanidad entera! (*Meditando.*)

LA GAVIOTA

¿Por qué entonces inclinas tu cabeza?
¿Piensas en mi suerte?

EL BUITRE

No; pienso en el hermoso espectáculo que ofrecerás de aquí a poco.

LA GAVIOTA

¿Has resuelto matarme?

EL BUITRE

Desconozco la generosidad. ¿Condenarte a muerte? no; prefiero condenarte a que te mueras.

LA GAVIOTA

No lo entiendo.

EL BUITRE

Yo lo entiendo, y basta.

LA GAVIOTA

Una gracia... una última gracia...

EL BUITRE

Concedida.

LA GAVIOTA

Confíesame el motivo de tus odios.

EL BUITRE

Escucha: vine al mundo en los días del motín; mi madre, la Fuerza, me puso al servicio del Crimen. Hasta el crimen debe tener un ideal, y yo tuve el mío... ¡dejar una stirpe blanca que borrara la negrura del pasado! La fuerza me ofre-

ció bendecir mi posteridad, dándome una hija de blanquísimo plumaje, de sonrosado y elegante pico... de mirada suplicante... ¡Legar otra cosa a mi heredera que mi plumaje negro, este corvo pico, estas mis garras y mi sanguinolenta pupila...! Así se me anunció a Deseada.

Celebradas mis nupcias, avisé a las aves de la comarca que el nacimiento de mi hija ocurriría en breve. Convínose el armisticio y todas ellas ofrecieron concurrir a rendirla pleito homenaje. Ayer nació Deseada, y... ¡Gózate de mi dolor! ¡Me traicionó mi madre...! ¡Lo creerás? ¡Mi madre misma! Ayer nació Deseada y... Deseada...

LA GAVIOTA

Deseada...

EL BUITRE

Tiene el plumaje negro como su madre, como el mío; la misma garra, el pico, la pupila sanguinolenta... Pero no será ¡por mi abuelo Atila no ha de ser! ¡Afrontar el ridículo...! Mañana es la cita; pero ahora... ahora aquí estoy.

LA GAVIOTA

¿Piensas hacer?

EL BUITRE

Vas a verlo. ¡Ea...! ¡venid! *(Al cortejo de aves de rapiña que a respetuosa distancia se mantenía. Todas ellas se reparten la tarea de arrancar a la gaviota su plumaje, en medio del mayor orden, con una desesperante regularidad.)*

LA GAVIOTA

¡Eso haces, señor! Imposible... imposible...

EL BUITRE

Chilla... chilla... es mi gran estímulo para dar remate de maestro a mis obras... chilla... chilla...

LA GAVIOTA

Es una crueldad... ¿cómo descienes a eso, señor?

EL BUITRE

¿Serías primero tú que mi Deseada?

LA GAVIOTA

Bien está; dame entonces la muerte, y después...

EL BUITRE

No haré tal; de hacerlo, llevaría en tu plumaje el espíritu de la muerte a Deseada. ¡Seguid...! *(Continúan su tarea con implacable lentitud, con regularidad cruel.)*

LA GAVIOTA

¡Piedad! ¡piedad!

EL BUITRE

¡Por mi pariente Nerón! si no quitáis con cuidado esas plumas, voy a hacer de las mías. Ja... ja... ja... ¿No lo dije? ¡Valiente aspecto vas a presentar! Juzga si no por el remo que tienes desnudo.

LA GAVIOTA

¡Arrecifes... qué habéis hecho! ¿Qué hiciste, oleaje veleidoso!

LOS ARRECIFES

Nuestro llanto hablará por nosotros.

LAS OLAS

Por nosotras responde nuestra hondísima pena.

EL BUITRE

No... decididamente no es gallarda tu apostura...

LA GAVIOTA

¡Se acabó! Arrecifes... Oleaje... ¡se acabó! No cantaré más con la aurora: "El mar engendró la espuma... yo nací de la espuma." Muere el día... sed conmigo, oh vientos; oleaje y arrecifes... Deseo al compás de vuestro plectro salmodiar mi agonía... Suspended de los vientos la sonora lira y oid al ave que muere.

CANTA EL AVE MORIBUNDA:

¡Oh los campos de lirios! ¡Lohengrines guerreros!

¡Oh los cráteres rotos del enhiesto volcán...!
¡Oh los nidos amados que en derruidos aleros suspiráis por las aves que jamás tornarán!

¡Oh ciudades arcaicas que deshizo la zapa;
las heráldicas flores que hizo el cierzo caer;
las cunitas heladas cuyas blondas empapa
con sus prístinas lágrimas desolada mujer....

Esqueléticas ramas sin la gala opulenta
que arrastró de los vientos el continuo girar;
enflorada pradera que arrasó la tormenta....
¡ved a un ave que muere de llorar y llorar...!

¡Oh las pálidas frentes de ignorados poetas
con espinas nimbadas en lugar de laurel!
¡Oh los tímpanos rotos! ¡Oh marchitas violetas!
contemplad mi calvario.... mi holocausto cruel!

Improlífico polen, rosa muerta en capullo,
las garridas doncellas que atrapó la vejez,
sin oír al mancebo que con voces de arrullo
madrigales y estrofas desgranara a sus pies.

Capitosa corola del anémico lirio;
improlífico polen.... arrecifes.... oh mar....
suspirad por mi muerte; recordad mi martirio,
mientras mi alma se extingue.... ¡de llorar y
(llorar!

*(Parpadeos de sombra entristecen la
tarde... La ronda de aves negras emprende el vuelo. Se hace la quietud en la
naturaleza turbada apenas por el rumor
del oleaje.)*

INTERMEZZO

Un águila, vieja ella y derrengada, cubre con
sus alas extendidas el nido.

En insólita armonía, toda clase de aves de-
parten entre sí.

Imposible abarcar la variadísima gama de sus
trinos, fugas y contrapuntos; imposible des-
envolver el complicado ropaje de armoni-
zación; pero en todo ello se vislumbra el
tema: "El Buitre ha engendrado una prin-
cesa de plumaje blanco.... Lo que Dios
señala, señaladamente debe ser servido: rin-
dámosla pleito homenaje."

Pero un mirlo, un rufancillo mirlo, va, viene,
investiga, insinuando al oído de todos:—
Cosas veréis que harán hablar a las pie-
dras. Aguardaos, aguardad.

Se acentúa el crescendo al ver llegar a los pa-
dres de Deseada. Espectación general. Un
cortejo de blanquísimas palomas coge el
nido y lo pasea ante las miradas atónitas
de todos.

EL SAINETE

UN ZOPILOTE VIEJO

(Al mirlo.) Eh, arrapiezo: tengo tres-
cientos años, y he aquí la maravilla que
ven mis cansados ojos.

TODAS LAS AVES

¡Maravilla!... ¡maravilla!

EL MIRLO

(*Al zopilote viejo.*) ¿No te fijaste bien, abuelo? Ese plumaje... vamos... no cue-la... no cue-la...

EL ZOPILOTE VIEJO

Juventud incrédula... ¿cuando llegará para ti la felicidad si no matas la duda?

EL MIRLO

Yo me entiendo y hasta he formado mi plan... veremos.

UNA GARZA

(*En tono palaciego.*) Serenísimos señores...

EL MIRLO

(*Idem.*) Espirituosa dama...

LA GARZA

Creo prudente asegurar las nupcias de nuestra soberana, hoy que la suerte nos

ha reunido. Anunciad al efecto a sus Majestades, y con fuerte voz—yo no he podido hacerme oír—anunciad, repito, que allí viene la embajada de tímidos mancebos casaderos.

EL MIRLO

Al punto. (*Con chillido estridente.*) ¡Silencio! Avisa esta señora, que allí vienen de bajada los temidos mancebos cazadores.

(*Confusión general. Al huir a la desbandada las palomas, el nido cae al suelo y el plumaje blanco de Deseada se dispersa en todas direcciones, quedando al descubierto su cuerpo negruzco y deforme.*)

EL MIRLO

¡Silencio! Vengo en rectificar... ¡no hay tales cazadores... (*¿Quién va a oírle en medio de aquella carcajada general? Las aves picotean sin compasión a su soberana.*)